

EL TOBOGÁN ANARANJADO - editado

Matias Sanchez



MATIAS SANCHEZ

Capítulo 1

EL TOBOGAN ANARANJADO

Esa mañana de sol, Pulina y mamá fueron a la plaza. Había poca gente, los juegos estaban vacíos.

Solitas, las dos pudieron elegir por donde comenzar a divertirse, el hamaca fue la primera tentación. Pulina se columpiaba suavemente. Mamá era dulce y cuidadosa.

A lo lejos, entre el verde fondo que armaba el paisaje, en medio del césped, algo que nunca había visto en su vida, llamó su atención.

Un tobogán nuevo de reluciente color naranja, se elevaba como por arte de magia en la inmensidad del parque. Repentinamente el adorado hamaca perdió todo el interés.

Por un momento Pulina, asombrada por el descubrimiento, sintió miedo. Tomó a mamá fuerte de la mano y caminaron hacia la nueva atracción.

Le observaron durante un rato. Los brillos sobre la nueva pintura, los incandescentes reflejos en la lengua plateada que descendía desde las alturas, revolvieron las sensaciones de la niña.

Mamá debía volver. El hermoso tiempo recreativo se había agotado.

Pulina miró con tristeza a mamá.

-Puli, no te preocupes, mañana volveremos y podrás disfrutar del tobogán.-

Pulina a pesar de nunca haber experimentado la sensación de deslizarse velozmente por un tobogán, pudo contener su ansiedad y con una bella sonrisa volvió a su hogar.

El día amaneció nublado y lluvioso. Pulina observaba con tristeza desde la ventana, aquellas gotas de agua clara que caían del cielo.

Papá se acercó a ella, la abrazó fuerte y le preguntó que le afligía el corazón.

-Es que hoy quería ir al parque papi. Hay un nuevo juego, un gran tobogán anaranjado y deseaba ir a jugar en él. Ahora por la lluvia debo de

quedarme en casa.-

-No te preocupes mi vida. Ve, busca tu capa y botas de lluvia. Yo tomaré un paraguas, ambos iremos a ver este majestuoso tobogán. -

Pulina feliz corrió a cambiarse, volviendo en un santiamén. Estaba nerviosa y apuró a su padre.

Juntos caminaron de la mano el par de cuadras que separaban el hogar de la plaza. La agitación por eso nuevo, desconocido, hicieron interminable el camino para ella.

La lluvia fue cada vez más intensa, haciendo los juegos metálicos muy resbaladizos.

-Puli, hijita. Entiendes lo peligroso de jugar en estas condiciones ¿Verdad? Puedes patinar y caer. Mejor volvamos mañana cuando el clima mejore. Volvamos a casa.-

Pulina quedó nuevamente entristecida por no poder disfrutar del tobogán, pero entendió las razones de su padre. Tomó su mano y emprendieron el retorno.

De camino a casa, papá decidió saltar en un charco de agua para salpicar a Puli. Ella primero se asombro, pero enseguida entendió el juego propuesto. Corrieron sobre el agua, patearon lagunitas, bailaron bajo la lluvia. Demoraron el doble de tiempo en volver y para colmo cuando llegaron estaban empapados. Se divirtieron mucho, sin embargo Puli no podía dejar de pensar en el tobogán anaranjado.

La mañana siguiente seguía nublada aunque sin lluvia. La temperatura había bajado y el frío era el nuevo enemigo de los juegos en el parque.

Puli despertó resfriada. El reto de mamá fue dirigido a papá por jugar bajo las gotas frías del otoño. La niña deberá pasar el día en cama.

Mamá le llevó una mamadera calentita llena de leche y le dio su medicina.

-Puli, hoy debes descansar y reponerte. Apenas estés curada iremos a la plaza en busca de ese hermoso tobogán anaranjado.- dijo mamá y abrazándola con amor, se acostó a su lado.

Vieron series animadas, dibujitos y películas toda la tarde. Rieron, se emocionaron, hasta pelearon contra los malvados personajes. Un dúo inseparable cuya arma era el amor y la ternura contra aquellos enemigos

de la pantalla.

En el cuarto día el frío era aún más intenso. Puli se sentía bien, su nariz ya no era roja y la vitalidad volvió a brillar en sus ojos.

Papá volvió temprano, almorzaron juntos algo rico, bien calentito. Puli nuevamente se sentó mirando por la ventana como el fuerte viento arrastraba hojas secas por la vereda.

-¿Qué pasa hija, porqué estas tan pensativa hoy?.-

-Quiero ir al tobogán papi, pero todos los días ocurre algo que me lo impide. Estoy empezando a pensar que nunca podré disfrutarlo.-

-Mi amor. No te desanimes. Vamos a buscar los abrigos, iremos a la plaza. Quiero explicarte algo muy importante.-

Puli corrió a su cuarto. Campera color rosa, bufanda, guantes y gorro de lana cubrieron su pequeño cuerpecito. Tantas eran las prendas que apenas podía moverse.

Fueron en auto para evitar todo lo posible, el contacto con la gélida brisa.

El parque estaba completamente vacío. Solo un par de perros vagabundos jugaban bajo los rayos del sol.

Papá alzó a Puli y la llevó en sus brazos hasta el tobogán.

-Mira hija, aquí está tu hermoso tobogán. No se ha ido ni lo hará. Funciona así: Subes con cuidado por la escalera, siempre tomándote bien de los pasamanos. Cuando llegas a la cima, te sientas con tus piernas estiradas hacia delante. Respiras hondo, te acercas al borde ayudándote con las manos y te dejas caer. La sensación va a ser hermosa. Cuando menos lo notes, tus pies harán suave contacto con la tierra firme al final. Ahí te pones de pie y puedes volver a intentarlo cuantas veces quieras.-

Pulina sonreía con tanta energía que sus ojos no paraban de recorrer los brillos en su amado juego. Escuchaba atentamente cada palabra de su padre, entendiendo con claridad el modo de uso.

El tobogán estaba allí, a su alcance, todo para ella. Las sensaciones iban del miedo a la alegría sin escalas. Su corazoncito latía con fuerzas. Ansiedad era el nombre correcto para aquello que ocurría en el alma de la niña

Papá la abrazó con fuerzas, le dio un dulce beso en sus rosados cachetes

redondos y dijo:

-Puli, hoy no podrás jugar. Aún sigues débil, recuperándote de tu resfrío. Está demasiado frío. Hemos venido para que pudieras ver que el tobogán sigue aquí esperándote y aprendieras como funciona. Quiero que descubras en realidad, que muchas veces vivirás cosas como esta. Vas a desear algo con todo tu corazón, pero por razones que no tienen que ver contigo, no podrás alcanzarlo enseguida. Eso no debe entristecerte o desmotivarte. Hay que tener paciencia y esperar. Si mantienes tus sueños y luchas por ellos, van a hacerse realidad. Confía en mí. Te amo.-

Sus pequeños ojitos se llenaron de lágrimas. Le costaba mucho la espera, pero haría un esfuerzo por su padre. Ambos se abrazaron con fuerza y en esa posición volvieron al vehículo.

El sol entró tibio por su ventana. El cielo era muy celeste y las aves llenaban el aire con cantos divinos.

Puli desayuno con mamá. Ambas se pusieron abrigadas ropas para salir a hacer compras. Visitaron el mercado, la verdulería y la carnicería. En todos lados recibía besos y halagos por su dulzura y belleza. Una mañana llena de aventuras y risas.

En el camino de retorno, mamá se desvió. Puli notó a lo lejos las altas copas sin hojas de los árboles en la plaza. Cruzó la calle con cuidado, sin soltar la mano de su madre y al pisar sobre el césped amarillo que cubre el parque, corrió a toda velocidad hacia su tan deseado tobogán anaranjado.

Otros niños estaban jugando, tuvo que esperar su turno. Paciencia y tranquilidad mientras hacía la fila. Al llegar a la cima buscó con temor a su madre. Ella estaba apenas a dos metros de distancia. Ambas intercambiaron miradas de gusto y aprobación. Puli miró al cielo. Pensó en papá, se sintió segura y entendió lo conversado. Sus cabellos volaron por lo rápido de la bajada. La sensación fue única, increíble, mucho mejor de lo que ella imaginaba. La espera había valido la pena, ahora disfrutaba con el doble de felicidad. Corrió a besar a su madre y volvió a la fila de niños para repetir el juego. Sus ojos eran el símbolo de la alegría. Ahora era una niña que comenzaba de a poco a entender la vida. Su camino había iniciado por la resbaladilla correcta.